



Publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía. Cada autor es responsable de sus ideas y para nada compromete el pensamiento de la organización.

Opiniones sobre este artículo escribanos a:

[semanariovirtual@viva.org.co](mailto:semanariovirtual@viva.org.co)

[www.viva.org.co](http://www.viva.org.co)

---

## ¿Ensayar un “nuevo” capitalismo para estos tiempos de pandemia?

***El retorno al Keynesianismo, parece ser la desesperada propuesta de aquellos desesperados que persisten en creer posible un “capitalismo de rostro amable”. ¿Qué decirles a estos ilusos? Si acaso: “Qué falta de respeto, qué atropello a la razón...”***

**Julio César Carrión Castro**  
**Universidad del Tolima**

### Notas contra el estado del bienestar

*(El demonio del “progreso” es también aliado del llamado “Estado del bienestar”, igual que de los Estados fascistas o de los que se han presentado como “socialistas”)*

#### C.1 – El Estado benefactor

Vivimos una época supuestamente pos-bélica y pos-soviética caracterizada por el triunfo mundial del capitalismo... El modo de producción capitalista y la mentalidad burguesa que hoy conocemos no han sido siempre iguales: se han modificado conforme al desarrollo de las fuerzas productivas, a las periódicas crisis que los afectan y a la estructura de las relaciones sociales establecidas en cada una de sus etapas históricas y en los distintos territorios y regiones que ha conquistado, sin abandonar jamás las tesis del progreso.

La supervivencia histórica del capitalismo ha estado condicionada a la manera como ha sabido superar los conflictos. El capitalismo, en su ya largo proceso, ha tenido que superar las variadas crisis que siempre expresan la confrontación existente entre los intereses del capital por una parte y los intereses de los trabajadores por la otra.

Los orígenes del capitalismo están marcados no solo por su lucha teórica contra la abigarrada mentalidad cristiano-feudal, sino por intensas acciones de violencia que, por supuesto, liberarían a campesinos y artesanos de la coacción gremial, la servidumbre y demás trabajos feudales, pero que también les despojaría de todos sus medios de producción, de sus títulos y propiedades personales, y, lo que es más grave, de todos los bienes comunales y de dominio público que secularmente se habían mantenido. Estas brutales expropiaciones del pueblo

señalan la génesis del moderno modo burgués de producción y de la fáustica concepción de la propiedad privada que lo acompaña.

El conflicto ha sido permanente entre los dueños del capital y los trabajadores, obligados a vender su fuerza de trabajo para poder sobrevivir. Pero no siempre ha sido indispensable la violencia directa, la cual se creía que con el tiempo solo se emplearía en casos excepcionales, dado que «en el propio transcurso de la producción capitalista, se va formando una clase obrera que, a fuerza de educación, de tradición, de costumbre, se somete a las exigencias de este régimen de producción como a las más lógicas leyes naturales» (Marx). Sin embargo, el mefistofélico apetito de riqueza y de poder por parte de la clase poseedora no tiene límites y la burguesía siempre ha empleado el poder del Estado para «regular» los salarios, intentando fijarlos exclusivamente dentro de los marcos que los benefician con una mayor extracción de plusvalía, tanto alargando las jornadas de trabajo, como acelerando los ritmos laborales y manteniendo, en todo caso, a los obreros dentro de unas rígidas medidas coercitivas y de dependencia ideológica —por lo que dios y el diablo seguirían manteniendo, bajo el nuevo modo de producción, similares fuerzas y poderes a los que tenían bajo el feudalismo.

La revolución industrial habría de modificar notablemente las condiciones de producción. Las máquinas en gran medida sustituirían la fuerza humana y grandes transformaciones ocurrirían entonces en las relaciones sociales. Se intensificaría no solo la producción, sino también la comercialización de los bienes producidos. Pero este incremento de la producción y de la productividad, en lugar de traer mayor bienestar a los trabajadores, llevó, por el contrario, a la intensificación de los intereses de lucro y de acumulación por parte de los capitalistas. La introducción del maquinismo no significó mejoría para el sector de los trabajadores, pues muchos de ellos serían expulsados del proceso productivo e irían a engrosar el ejército de los desocupados, mientras que quienes se quedaron fueron sometidos a una mayor exacción de plusvalía, ahora bajo la condición de trabajos rutinarios y repetitivos. Además, como operarios de estas máquinas, tendrían que ponerse constantemente al día y seguir el ritmo que marca el incesante desarrollo de las nuevas tecnologías.

La expansión del colonialismo, con la desaparición forzada de pueblos y culturas, paralelamente, llevaría a una mayor abundancia de materias primas y, por supuesto, a la ampliación de la producción capitalista; pero el aumento de las ganancias de los capitalistas no repercutiría en beneficio de los obreros, dado que los mayores costos de producción establecidos por la incorporación de más y nuevas máquinas y tecnologías debían compensarse con los salarios de los trabajadores. Se hacía indispensable, entonces, para los capitalistas, que los obreros ganaran menos, que las mujeres y los niños trabajaran en fábricas y talleres infernales, sometidos a extenuantes jornadas denunciadas por escritores como Charles Dickens, a fin de que los patronos ganaran cada vez más y no se atrasaran con respecto a las innovaciones tecnológicas —lo que los podría sacar de competencia. Esta es la diabólica lógica del capitalismo, que siempre ha sido «salvaje». Y, en el plazo de muy pocos años, la miseria de los trabajadores se fue intensificando, mientras el Estado apoyaba solamente a la clase burguesa. Los trabajadores expoliados, con base a sus experiencias, irían adquiriendo

conciencia de clase, organizándose cada vez mejor y estableciendo la necesidad de imponer cambios radicales en las condiciones económicas, sociales y culturales de su existencia. Muchos pensadores e intelectuales, incluso de la burguesía, fueron delimitando puntos de vista y perspectivas ideológicas que confrontaban abiertamente la inhumana explotación que propiciara el capitalismo, guiado por unas supuestas «leyes naturales».

Así las cosas, las explosiones de rebeldía popular, juntamente con la estructuración de claros lineamientos ideológicos para las pretensiones de los trabajadores y el propio desarrollo de las crisis internas del capitalismo, llevarían a la necesidad de forzar una reversa, un cambio en las relaciones sociales de producción.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, se va conformando la fuerza del sindicalismo en toda Europa, se empiezan también a estructurar los primeros partidos políticos obreros; y se va constituyendo una poderosa fuerza que habría de alterar muy seriamente las relaciones de explotación capitalista.

Así ingresamos al azaroso siglo XX. Simultáneamente, con este proceso de concientización y organización de las clases trabajadoras, el modo de producción capitalista entra en un período de crisis de sobreproducción, que significaría no solo una cruda ampliación de la explotación clasista, sino los inicios de una contienda intercapitalista por la hegemonía mundial. Ello llevaría a los gobiernos de los países industrializados a intentar el reparto del botín del mundo y, por supuesto, a la Primera Guerra Mundial, iniciada en el año de 1914.

La conflagración mundial aceleraría los procesos revolucionarios y el desarrollo de la conciencia de los trabajadores. La Revolución Rusa de 1917 instauraría una nueva inquietud en el corazón de los burgueses y les haría temer por la validez de su proyecto expansionista. Entonces, la idea del demonio recobra sentido: ahora, para la atemorizada burguesía, el «mal» lo representan las tesis y propuestas reformistas, sindicales y revolucionarias; y ellos, los explotadores, encarnan el «bien», la «bondad», el «bienestar»...

La revolución bolchevique de 1917 de alguna manera modificaría el curso de la historia, porque imponía a la burguesía la necesidad de negociar, de transar con los trabajadores, reduciendo así las expectativas de ampliar cada vez más la plusvalía.

Durante los años de posguerra las ilusiones de paz se desvanecen y un tremendo caos en los procesos productivos sorprendería a la orgullosa burguesía. Es entonces cuando se introduce un dislocamiento en las intensiones del omnímodo poder capitalista, que entra a ensayar otra fórmula, a desbrozar la vía bienestarista, a fin de contener el ascenso gradual del socialismo y queriendo impedir las crisis que agobian su modelo de desarrollo y de progreso.

El inglés John Maynard Keynes, sin duda alguna el más representativo economista del siglo XX, afectado profundamente por el terrible panorama que mostrara la crisis mundial de la economía de finales de los años veinte (con millones de seres humanos arrojados a la desocupación y a la depauperación

generalizada, provocada por el desafortunado proceso de acumulación capitalista), publicó en 1936 su libro “Teoría general del empleo, el interés y el dinero”, con el cual ejercería la más dura crítica a las denominadas leyes «naturales» del capitalismo, que los economistas ortodoxos consideraban inamovibles. De esta forma, se daría origen, dentro del capitalismo, a una nueva concepción de la ciencia económica, cuyo principal propósito era corregir la tendencia a una mayor sobre-explotación del trabajo por parte del capital, buscando la extensión del «bienestar» en el sector de los trabajadores, mediante el incremento de los salarios y procurando que se constituyeran más fuentes de empleo. Recomendó una amplia intervención del Estado en la economía, impulsando la generación directa de empleos, apoyando la industria y en general buscando el control de las empresas y la función social de gasto público en aspectos tan cruciales como los servicios públicos, la seguridad social, la educación y la salud.

Esta política empezaría a operar como una especie de exorcismo contra los demonios de la revolución. Se buscaba paliar un poco la explotación capitalista; por ello, propone una distribución más equitativa de los ingresos, con impuestos mayores a la propiedad que al consumo, reducir los costos financieros del dinero, y fomentar el bienestar social, la capacidad de compra y, en general, la calidad de vida en la población trabajadora. Introduciría una clara competencia intervencionista del Estado en los asuntos de la economía. De esta forma, se mostraba desconfianza hacia la vieja economía clásica, que proponía dejar a la iniciativa privada y a la «mano invisible» del mercado la regulación social, y se salía al paso a las teorías socialistas, que negaban de plano el modo burgués de producción.

Las originales propuestas de Keynes serían prontamente aceptadas por la mayoría de los Estados capitalistas, que así lograban escapar de la crisis cernida sobre ellos. Esta oportuna intervención estatal sobre la economía, esta corrección en los rumbos del capitalismo significaría, a la postre, la sobrevivencia del propio modo burgués de producción a nivel mundial; y es lo que se conoce como el Estado de Bienestar Social.

Por primera vez en sus ordenamientos jurídicos e institucionales, tanto las metrópolis como los países dependientes establecerían «la función social de la propiedad»; se extenderían los beneficios de la seguridad social; surgirían nuevas relaciones laborales en la ciudad y en el campo y, por supuesto, se impulsarían políticas de desarrollo científico y tecnológico, adecuando el sistema educativo a tal propósito y dando el más extraordinario apoyo al servicio de la educación pública en todos sus niveles, formas y modalidades. Es decir, la educación se enrumbaría hacia una dependencia total con respecto de la economía...

## **C.2 – El miedo como factor de equidad social**

Así pues, desde octubre de 1917, fecha de la instauración del primer Estado comunista, pero más específicamente después de la segunda guerra mundial, con la expansión del campo socialista, el miedo a los demonios de la revolución social acompañaría a las distintas burguesías a nivel mundial. Esta sería la principal característica de los regímenes capitalistas.

Con la posguerra, restablecido de nuevo el ordenamiento internacional, vendría un período general de enfrentamiento entre los países del llamado mundo occidental y aquellos otros que orbitaban alrededor de la Unión Soviética. Este fenómeno de reciente historia se conoce bajo el nombre de «la guerra fría»; y se estructura a partir del incremento del miedo, entre las clases dominantes, por la posible extensión del comunismo y la revolución social —pregonada por los gobernantes de los países del «socialismo realmente existente». Este temor por la auténtica o ficticia «amenaza comunista» llevó también a los grandes propietarios, a las oligarquías y a los gobernantes de los países capitalistas, a ceder en algo sus desaforadas pretensiones de un mayor enriquecimiento mediante la sobre-explotación del trabajo. Aprendiendo de la economía planificada de los países socialistas, se empezó a hablar entonces de «planes de desarrollo» también en las economías y gobiernos capitalistas. Se trataría de algo así como del lobo vestido con piel de oveja, del demonio haciendo hostias, del diablo procurando convencernos de que no existe.

Superado el colapso económico, político y social generado a partir de la Segunda Guerra Mundial, y ante el demostrado fracaso de los llamados Estados totales o «totalitarios», se abre un período de prosperidad para los países capitalistas industrializados, que les llevó incluso a superar el temor por la revolución social en sus territorios. Sin embargo, los regímenes totalitarios, autoritarios y fascistas perviven brutalmente aún en las zonas periféricas y marginales, en las antiguas colonias, en lo que se dio en llamar «el Tercer Mundo»; y las democracias liberales, de que tanto se ufanan los capitalistas, solamente tienen existencia real en las grandes metrópolis y países pos-industrializados, hoy supuestamente alejados de la amenaza de la revolución social, pero convertidos de manera irreversible en una especie de democracias que incorporaron el fascismo en sus realizaciones —bajo regímenes «demofascistas».

El derrumbe de la Unión Soviética, debido más a su propia incompetencia que a una presunta validez de los dogmas del capitalismo, ha permitido que, como anota Eric Hobsbawm, «por ahora el capitalismo y los ricos hayan dejado de estar asustados. Todo lo que hizo la democracia occidental algo digno de ser vivido para su gente —la seguridad social, el Estado benefactor, un ingreso alto y creciente para sus asalariados, y su consecuencia natural: la disminución de la desigualdad social y de la desigualdad de oportunidades de vida— fue el resultado del miedo». Este miedo a los pobres y a los trabajadores organizados pareciera superado hoy; y por ello se afanan, desde una pretendida unipolaridad del mundo, por revertir la historia —no solo para los pueblos dependientes y subdesarrollados, sino para todas las estructuras sociales que asumen la marginalidad y la exclusión de las grandes mayorías como proyecto «democrático». Hoy se ha regresado abiertamente a las condiciones del llamado capitalismo salvaje, reinstaurado ahora bajo el nombre de «Neo-liberalismo» y apertura económica.

El llamado Estado del Bienestar surgió históricamente a causa de la aparición y el gradual desarrollo de las luchas de los trabajadores, que obligó a la burguesía a establecer los principios mediadores; es decir, a aplicar los derechos civiles y las garantías sociales, económicas y culturales proclamados desde el triunfo de

las revoluciones burguesas, pero sistemáticamente incumplidos. Daba vigencia a las proclamadas tesis de la seguridad social; a las reivindicaciones salariales y asistenciales, como pensiones, seguros sociales, protección contra el desempleo, junto a derechos como la educación, la cultura, la recreación y la ampliación de los servicios públicos para el conjunto de los trabajadores y la ciudadanía en general. Cada uno de estos principios mediadores empezó a aplicarse en las postrimerías de la primera guerra mundial y, tras la segunda guerra, tomaría cuerpo el denominado Estado del Bienestar keynesiano, también conocido publicitariamente como el "Estado Social de Derecho", que sería presentado como el mayor logro de la modernidad burguesa, como una panacea que buscaría ser aplicada en todos los rincones del mundo.

Sin embargo, de manera coincidente, Auschwitz también representa la modernidad burguesa, no solo por su estructura de fábrica de muerte científicamente organizada, que utilizó las técnicas más modernas y eficaces, sino porque es la más clara expresión de la continuidad de los intereses del capitalismo. El genocidio de los judíos, de los gitanos, de otras etnias y de los contradictores políticos, es también, como observa Zygmunt Bauman, un producto típico de la cultura racional burocrática burguesa, que elimina de la gestión administrativa toda interferencia moral, como lo precisara Weber. Desde este punto de vista, deviene resultado del proceso civilizador, en cuanto racionalización, planificación y centralización, tanto de la violencia (supuesto monopolio estatal) como de la productividad social —que debe funcionar con indiferencia moral, regla ética del capitalismo. Bauman analiza Auschwitz como un modelo de management, en el cual se dan todas las características de la gestión, de la organización del trabajo, de la racionalización productiva y administrativa, de la división gerencial y jerárquica (entre organización, planeación y ejecución de las tareas) de todo un conjunto que desemboca ya no en la producción, sino en la destrucción y la muerte. En definitiva, toda una serie de características que definen el paradigma weberiano de la burocracia y de la modernidad administrativa y el paradigma fordista y taylorista de la moderna producción serial capitalista está presente, tanto en el llamado Estado del Bienestar, como en los regímenes exterministas...

El período de ensayo del llamado «Estado de Bienestar» o Estado Social de Derecho, rindió sus frutos: finalmente significó lo que Pedro García Olivo ha denominado «el bienestar de los Estados», con funcionarios y burócratas comprometidos, al igual que en los denominados «Estados totalitarios», en que la maquinaria del poder funcione perfectamente. Se trata del mismo compromiso del funcionariado clásico, de esas «ruedecillas de la maquinaria administrativa», reingresados ahora, con más fuerza, a sus históricas funciones de control, vigilancia, represión y explotación; actuando como tejido conjuntivo entre el Estado y los «ciudadanos», entre los explotados y los explotadores; y asumiendo las mismas tareas que hipócritamente el liberalismo repudió en los que denominó regímenes totalitarios —pero incorporadas ahora más sutilmente, con estrategias simbólicas, a la defensa de la poderosa máquina estatal, en un fascismo democrático al que ya no se le puede denominar «totalitario».

Así, bajo el simulacro demoliberal, sosteniendo el mismo régimen de explotación, pero sacando lecciones de las crisis, de las guerras y de la propia competencia

con la economía socialista, el capitalismo ha logrado sobrevivir. Y no solo eso, sino, incluso, cree haber derrotado al socialismo.

### **C.3 – Las paradojas de la democracia: ¿es posible un totalitarismo benefactor?**

El llamado Estado de Bienestar o Estado Social de Derecho se presenta publicitariamente como la más clara salida a la explotación desmedida, como un ejercicio de control que dignifica el capitalismo, como la principal confrontación a los excesos «totalitarios». El concepto de totalitarismo, introducido al lenguaje político, hoy hace parte del debate intelectual de una manera incontrovertible. El totalitarismo se muestra como la salida de las normas y las reglas usuales y corrientes del desarrollo del modo de producción capitalista. Esta concepción del totalitarismo está hermanada con la muy en boga noción de «capitalismo salvaje», con que hoy quiere sugerirse que existe un capitalismo algo así como humano, civil, ordenado, organizado, incapaz de explotar por encima de las buenas relaciones con los trabajadores, embeleco que se encuentra inserto no solo en las propuestas demoliberales, sino en el pragmatismo supuestamente de izquierda de los socialdemócratas y de los variados promotores de las llamadas terceras vías...

Como nos lo aclara Zizek: «Desde el momento en que uno acepta la noción de “totalitarismo”, queda inserto firmemente en el horizonte democrático liberal». Define el término «totalitarismo» como una especie de subterfugio que nos impide pensar en compromisos políticos radicales de confrontación a ese liberalismo, so pena de caer en los extremos del holocausto o los gulags. Escribe Zizek: «De esta forma los bellacos liberales conformistas pueden encontrar una satisfacción hipócrita en su defensa del orden existente: saben que hay corrupción, explotación y todo lo que se quiera; pero cualquier intento de cambiar las cosas se denuncia como éticamente peligroso e inaceptable, como una resurrección del fantasma del totalitarismo» (S. Zizek, 2002, p.14). Para ellos, todo lo que se aparte de lo políticamente correcto, es decir, de esa democracia liberal que pretenden universalizar, es una amenaza «totalitaria».

Zizek señala irónicamente que, en las sociedades preciadas como democrático-liberales de Occidente, perviven mal disimuladas las mismas estructuras de explotación, direccionamiento, supervisión y vigilancia que caracterizan a los regímenes denominados «totalitarios», impositores de una única visión del mundo a sus ciudadanos. Para Zizek, el orden capitalista, en cualquiera de sus versiones o modalidades, es culpable de la pérdida de la individualidad y de las diferencias; culpable de la generalizada deshumanización del mundo contemporáneo; representa el mal. Y ello, de una manera paradójica, no solo bajo las formas totalitarias, sino bajo todas las tesis y maneras de la civilizada democracia burguesa, porque la democracia liberal no es, en sí misma, más que una estructura mítica, que pretende imponerse por la fuerza en los más alejados rincones del mundo —mientras subsiste en los grandes centros de poder occidentales gracias a la similitud, a la mismidad, y al pensamiento único característicos de estas sociedades, que se nos presentan como si no contuvieran ningún tipo de antagonismos.

Paradoja y ambivalencia estructural que lleva a muchos —no sin razón— a aceptar tesis como las de la anulación de todas las diferencias políticas entre la izquierda y la derecha. «Y, significativamente —asevera Zizek— en nuestras sociedades occidentales es la derecha la que dirige a lo que queda de la corriente principal de la “clase obrera” e intenta movilizarla, mientras que la “tolerancia” multiculturalista se está convirtiendo en lema de las nuevas “clases simbólicas” privilegiadas (periodistas, profesionales del mundo académico, directivos empresariales...)». Este tipo de opciones «políticas» son profundamente falsas y artificiales; pertenecen al universo del simulacro democrático, bajo la sigla o el signo que se presenten o digan asumir. Son algo así como placebos o distractores para unas masas carente por completo de toda posibilidad de decisión autónoma.

Todo el espectro ideológico y político demoliberal, socialdemócrata y multicultural contemporáneo, tanto en las desarrolladas y postindustriales como en las dependientes sociedades de Occidente, llámense de centro, de izquierda o de derecha, esta contaminado de esa ambigüedad legitimadora del statu quo; y no representan para nada la opción anticapitalista. «El principal problema político actual es, por consiguiente, cómo romper este consenso cínico». ¿Cómo diferenciar a Dios del diablo, si todo lleva indefectiblemente la impronta del Demonio?

#### **C.4 – El final del mesianismo**

Dante Alighieri, en el Canto Tercero de su Comedia, dice haber visto sobre la puerta del infierno una inscripción en letras negras que le llenó de espanto y de pavor. Escrito que concluía con esta terrible sentencia: «Renunciad para siempre a la esperanza». El infierno, que —según Enzo Traverso— «designaba una condición que trascendía la vida terrestre»... Esa imagen dantesca del infierno, que habita nuestra cultura desde la Antigüedad y que fuera «asumida como referencia paradigmática de la definición del mal», ya se evoca comúnmente como símil de la deshumanización vivida bajo los regímenes fascistas; y se ha comparado el Estado nazi, y sus campos de concentración y de exterminio, con un «infierno organizado» (Eugen Kogon). Pero no es solo la condición de Auschwitz y del llamado Tercer Reich lo que puede compararse con el infierno en nuestras modernas sociedades. El infierno y la muerte están presentes —siempre han estado— en las diversas formaciones políticas y sociales del capitalismo, en las variadas formas de organización política y económica de las sociedades burguesas; en la razón instrumental que les guía; en su ciencia sin conciencia; en su ética laboral; en su fordismo, en el taylorismo; en la pretendida neutralidad valorativa de sus instituciones...

Después de los campos de exterminio, los programas nazis de eutanasia y las fábricas de muerte como Auschwitz; luego de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki; de las purgas, masacres y hambrunas del estalinismo; del genocidio francés en Argelia; del terrorismo belga sobre el Congo; del horror norteamericano en Viet Nam; de Pol Pot en Camboya; de los crímenes sionistas en Sabra y Chatila, y las constantes masacres en Palestina, etcétera; podemos entender que el «mal» se ha cotidianizado, se ha vuelto habitual,



consuetudinario. (La pandemia que soportamos hoy, no es más que una nueva expresión de ese exterminismo programado del capitalismo)

Además, en nuestras sociedades consumistas las fronteras entre el bien y el mal se han desvanecido, bajo el imperio de la psicología de masas, la pérdida de la individualidad y, en general, de toda autonomía, con individuos tan corrientes como Adolf Eichmann —incapaces de distinguir entre el bien y el mal— pero monstruosamente obedientes.

Después de vivir y padecer esa asiduidad del mal, tenemos que entender definitivamente que la maldad no tiene orígenes infernales, demoníacos, sino que es algo terriblemente humano y «normal»; descubrir, con Joseph Conrad, que el horror es burocráticamente habitual y que «el corazón de las tinieblas» está inscrito en la propia estructura de las contemporáneas sociedades y que no es posible ya la salvación, por lo que debemos aprender a vivir sin esperanza, bajo la indeleble marca del infierno... en la Tierra.

Tomado del libro DULCE LEVIATAN. II. 3. La mitología del progreso. Razón, civilización y exterminio – Por Julio César Carrión Castro (Págs. 146 – 155)

**Edición 679 – Semana del 25 de abril al 1º de mayo de 2020**